

La esclava de Qurtuba



La esclava de Qurtuba

Título original: *A Escrava de Córdoba*

© 2008, Alberto S. Santos e Porto Editora, S.A.

Autor: Alberto S. Santos

Traducción: Mónica Ploese

Derechos exclusivos de edición en América del Sur y Central en lengua castellana

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: María Belén Rigou

Armado de interior: Claudia Solari

1ª edición: noviembre 2026

ISBN 978-950-02-1864-1

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2026.

Tirada: 4000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Santos, Alberto S.

La esclava de Qurtuba / Alberto S. Santos. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.

384 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Mónica Ploese.

ISBN 978-950-02-1864-1

1. Novelas Históricas. 2. Novelas Románticas. I. Ploese,
Mónica, trad. II. Título.

CDD A860

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

ALBERTO S. SANTOS

La esclava de Qurtuba



A Guilherme Gil y Maria Gil.





ASSALAMU ALAYKUM¹

Esta historia transcurre en la península ibérica, a finales del primer milenio, y se basa en hechos reales, durante una época sumamente convulsionada, con epicentro político-militar en Qurtuba, la actual Córdoba, capital del Califato Omeya de al-Ándalus.

Aparecen algunos personajes de la época: el famoso Almanzor; san Rosendo; el conde Múniu Viegas (fundador de la familia Ribadouro, ascendiente de Egas Moniz, ayo del primer rey de Portugal) y su hermano, el obispo Sisnando; Gonçalo Mendes y su hijo Mendo Gonçaves, condes mayores del condado Portucalense, además de hechos que marcaron dicha etapa, como las razias en Santiago de Compostela y San Millán de la Cogolla.

Para su elaboración fue necesaria una intensa investigación de fuentes, sobre todo secundarias, y se siguió en detalle a algunos de los autores más documentados.

1. Expresión árabe que significa: “¡Que la paz (o la salvación) sea con ustedes!”.

Asimismo, este libro fue posible gracias a la ayuda de muchas personas, amigos y familia, que, de forma directa o indirecta, contribuyeron con su apoyo o estímulo para que esta historia saliese a la luz. A todos ellos les agradezco y los llevo en mi corazón.

También, una mención especial a mis editores, un fantástico equipo, por haber creído en este proyecto.

A todos ustedes: *Assalamu alaykum!*



**PRIMERA
PARTE**

**Sol
menguanate**



CAPÍTULO I

Palacioli, Paço de Sousa, Anégia, año 997

“¡Llegó la hora!”.

Despertó súbitamente, mucho antes de que la campana anunciase la hora de maitines, y se levantó con una convicción clavada en su corazón. Ouroana estaba segura de que había llegado el momento de cumplir la divina misión para la que había sido llamada. Desde su minúscula celda, ubicada en la parte de atrás del monasterio, podía oír los gritos de dolor, de angustia y de terror de los hombres y mujeres con quienes compartía la vida, e incluso los gritos de guerra entonados en esa lengua extraña, pero que Ouroana conocía bien: la de los seguidores de Mahoma.

Empezó a preocuparse por el olor a humo y fuego, y a toser a causa del hollín que penetraba por la rendija de sus austeros aposentos. Una imprevista luz anaranjada provenía de la iglesia, donde se elevaban llamaradas que consumían con rapidez la madera y afectaban la estructura granítica del monasterio dedicado a São Salvador, en Paço de Sousa, territorio de Anégia, condado Portucalense del Reino de León.

“No..., no hay ninguna misión... ¡Es el fin! ¡Ayúdanos, Señor! ¡Perdóname, Cristo, todos los pecados, pues llegó mi hora!”, pensó al ver el infierno que la rodeaba, mientras se colocaba el hábito con rapidez.

—¡Finalmente, aquel hombre de blanco no era Cristo! —murmuró angustiada.

Sus pensamientos se iban ensombreciendo ante el ruido cada vez más escalofriante que llegaba de todas partes: los gritos ensordecedores en árabe se mezclaban con el llanto y los lamentos de los hermanos y las hermanas del monasterio y con el tumulto de los caballos alrededor del edificio. La luz de las llamaradas lo consumía, proyectando sombras horribles en las paredes. ¡Qué distinta era aquella aurora! Sin embargo, otra cosa la afligía mucho más: se estaba desvaneciendo la certeza que albergaba en su corazón desde la primavera del año anterior y con la que había despertado un momento antes.

Dos hombres delgados, de tez morena, nariz aguileña, barba larga y ropaje negro, abrieron sin esfuerzo la puerta de su celda, que apenas estaba asegurada por un débil cerrojo de madera. La señal de la cruz no produjo ningún efecto mágico ni milagroso.

Los desconocidos la agarraron de los cabellos y la arrastraron hacia la puerta y a lo largo del corredor que daba al acceso a los claustros. Todas las celdas se hallaban abiertas. En las que no estaba vacías, yacían cuerpos desangrados. Muertos o moribundos, porque se habían negado a salir, porque habían luchado o porque, al ser ya ancianos, habían sido liquidados para que no dieran más trabajo.

Después de sacarla por la puerta principal del monasterio, condujeron a Ourana al riachuelo que pasaba por las inmediaciones y la empujaron hacia el sitio donde ya se encontraban algunos de sus compañeros de infortunio. El terror vibraba en los rostros de quienes habían sobrevivido al pillaje y la espada de los soldados musulmanes. Todos fueron ubicados junto a la orilla, donde asistieron a un hediondo espectáculo. Las llamas, ayudadas por el calor que ya se hacía sentir ese verano, consumían, voraces, el

edificio de la joven novicia. De repente, se oyó un estruendo: la campana de la iglesia acababa de ser derrumbada, para júbilo de algunos exuberantes soldados que levantaron las espadas hacia el cielo mientras invocaban a Alá.

Pasado un momento —corto en cuanto al tiempo, pero que pareció interminable para todos aquellos desprotegidos—, montado en un elegante caballo color canela, vestido con finos brocados verdes, con una *bayda* metálica que protegía su cabeza, apareció un hombre de edad avanzada, que parecía ser el jefe de aquel ejército.

Ouroana miró alrededor y, someramente, contó cerca de unos treinta prisioneros. Se dio cuenta de que faltaban otros tantos. Allí solo se hallaban los más jóvenes.

Después de bajar del caballo y alzando la voz, un joven jinete árabe ordenó en su lengua:

—¡Todos de rodillas para recibir a *al-sayiid* y *al-malik al-karim*, señor y noble rey del Califato de Córdoba, el gran al-Mansur!

La sangre de la novicia se congeló. Conocía la fama de aquel al que los seguidores de Cristo consideraban como el impiadoso y sanguinario Almanzor, que así se llamaba porque se había mantenido invicto en todas las batallas que había liderado desde que había asumido la jefatura política y militar de las huestes oriundas del Califato de Córdoba.

De hecho, Muhammad Abi Amir —su verdadero nombre— ocupaba, desde 978, el cargo de *hajib*, primer ministro de los omeyas. Había obtenido su primera victoria importante como comandante militar en 977, al invadir con éxito el Reino de León y, a partir de entonces, había comenzado a aterrorizar a todos los lugares por donde pasaba en sus permanentes incursiones estivales. Saqueaba, mataba, destruía y robaba todo lo que encontraba adelante, con una especial inclinación hacia la humillación y la profanación de los santuarios de la cristiandad. Había concentrado en sí mismo todos los poderes, con lo que había eclipsado al propio joven califa Hisham II. En aquel rincón, el más occidental de la península, aún se pensaba que Almanzor no pretendía regresar allí, pues estaba más

concentrado en la zona central de León y en Castilla. ¡Estaba visto que no era así!

A Ouroana le sorprendió la falta de reacción de los monjes a las órdenes del jinete. Recién después comprendió que solo ella entendía el árabe. Para no llamar la atención, decidió también no acatar las instrucciones. Pero, enseguida, el intérprete del ejército islámico hizo resonar la orden en perfecta lengua romance, la que se hablaba en las tierras donde se creía que Jesús era el verdadero hijo de Dios. Entonces, la reacción fue diferente: la novicia advirtió la aflicción en los rostros de sus hermanos al darse cuenta de ante quién estaban. Todos obedecieron con prontitud.

Almanzor hizo avanzar su alazán hacia el primero de los monjes arrojados a lo largo del riachuelo. Y fue pasando ante cada uno de ellos, deteniéndose junto a algunos prisioneros, especialmente mujeres. Les levantaba la cabeza con la espada, mientras hacía algunos comentarios al joven jinete que lo seguía a pie. La punta de la espada heló el mentón de Ouroana. Cohibida, alzó la cabeza y vio cómo una sombra fulminante ensombrecía el celeste de sus ojos. Los de Almanzor se abrieron sorprendidos, al mismo tiempo que una misteriosa sonrisa se le dibujaba en el rostro. Con una mano se acarició la barba bien recortada y, con la otra, se levantó la *bayda*. Despacio, se alisó los largos cabellos blancos, volvió a cubrirse la cabeza y, con el dedo índice, se rascó una abultada cicatriz que tenía en la cara. El frío metal descendió un poco y acarició los erectos senos de la joven, que se escondían debajo del hábito que otrora había sido blanco y negro, pero que, en ese momento, parecía más la vestimenta de un mendigo, a causa del hollín, las cenizas y el polvo.

El comandante árabe subió la espada, rozando levemente la oreja derecha de Ouroana, hasta llegar a un punto arriba de su frente. Luego, la bajó, y la hizo penetrar el velo negro que completaba su hábito monacal. Giró el metal hasta que la hoja quedó perpendicular a la parte superior de la cabeza y, con un movimiento brusco, rasgó el velo, permitiendo que se soltara una larga y encantadora cabellera rubia.

—Mmm... ¡Qué hermoso cabello! Me recuerda algo o a alguien... ¡Parecen los ondulantes campos de trigo de al-Ándalus! —bromeó Almanzor, cautivado por aquella mujer de piel blanca y brillante. Los ojos del árabe se abrieron aún más—. ¡Que el Todo Misericordioso me perdone!... ¡Pero es demasiada belleza para una infiel! Sin duda, será una esclava muy disputada en los mercados de Qurtuba² para integrar el harén de algún musulmán rico y piadoso —aseveró Almanzor.

Detrás de él, un soldado sonrió, sardónico, mientras concordaba con la cabeza y miraba a la novicia con una mal disimulada lascivia.

Las mejillas de Ouroana se ruborizaron por la rabia que le ardía por dentro, mientras su corazón latía descontrolado. Un nuevo torbellino de ideas e imágenes sin un sentido definido atravesó su mente: ya se veía muriendo por la espada de un árabe y siendo arrojada al riachuelo ensangrentada; ya huía con las tropas pisándole los talones; ya salvaba al mundo del enemigo infiel, al frente de un ejército cristiano.

2. Actual ciudad española de Córdoba.